



EL DIPLOMÁTICO,

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN FRANCÉS

POR

MM. E. SCRIBE Y G. DELAVIGNE.

(Traducción de A. Rodríguez.)

PERSONAJES.

EL GRAN DUQUE.
EL PRINCIPE RODOLFO.
EL CONDE DEL DOURO, embajador de Portugal.
EL BARON DE SALDORF, embajador de Sajonia.
CHAVIGNI, embajador de Francia.

EL SEÑOR DE RHINFELD, secretario principal del príncipe Rodolfo.
HERMAN, criado de la Marquesa de Surville.
LA MARQUESA DE SURVILLE.
ISABEL, hija del Conde del Douro.

La escena tiene lugar en un principado de Alemania: el primer acto en una quinta de la marquesa de Surville; el segundo en el palacio del gran duque.

(Este arreglo es propiedad de los editores.)

ACTO PRIMERO.

El teatro figura un salon de una quinta muy elegante, con jardines en el fondo. A derecha é izquierda puertas laterales que conducen á las habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

El principe Rodolfo y la MARQUESA DE SURVILLE, saliendo de la habitacion de la derecha del actor.

MARQUESA. Parte, amigo mio, hace ya rato que ha amanecido.

RODOLFO. Espera un momento; es tan temprano y ya me des-

pides... Siempre eres tú la primera que me dices adios.

MARQUESA. ¡Qué mal haces en hablar así!... Me cuesta ya tanto trabajo tener valor, que si me lo echas en cara, se me va á concluir... te lo advierto.

RODOLFO. ¡Querida Elisa!

MARQUESA. Vete, Rodolfo, te lo suplico. En palacio estarán con cuidado; (*Bajando los ojos.*) y si alguno á estas horas encontrase á V. A...

RODOLFO. ¡Cuánto me gusta ese respeto! Pero tranquilízate, mi Alteza nada tiene que temer. Si me vieses salir de esta quinta, ¿quién podría sospechar que me hallaba en la amable compañía de mi esposa?

MARQUESA. Nadie está obligado á saber que estamos casa-

dos... y si lo supiesen, sería peor aun; sobre todo cuando se tiene la desgracia, como tú, de ser sobrino de un gran duque, de un soberano, de un príncipe alemán, que no transige con las alianzas desiguales. En vano podrías decirle que cuando me ofreciste tu mano aun existía su hijo, y que por consiguiente no podías presumir que llegarías algún día á ser heredero de un trono; en vano le repetirías que hace cinco años que me amas, que me adoras... Semejantes razones, que yo he hallado escelerentes, no tendrían igual poder ante tu tío: se anularía entonces nuestro casamiento, y te ruego que me digas si esto sería justo, amigo mío.

RODOLFO. No; porque ese poder, esos honores que me esperan, no los quiero, no los deseo mas que para ti. No temas que nos separen jamás.

MARQUESA. Debo confesarte que en este momento abrigo alguna esperanza.

RODOLFO. ¿Será posible? Habla pronto.

MARQUESA. Ya es demasiado tarde. Vuelve á palacio.

RODOLFO. ¡Si no me esperan allí! Esta mañana hay una partida de caza en estos alrededores, y tengo que ir á unirme al gran duque: por lo tanto, aún me quedan algunos instantes, y podemos hablar de nuestros asuntos, pues á eso solo vengo.

MARQUESA. ¿Y precisamente te acuerdas en el momento de partir?

RODOLFO. ¿Quien tiene la culpa? Habla pronto.

MARQUESA. Ya te acordarás que hace algunos años, cuando fuiste á Francia con tu ayo...

RODOLFO. Si, para estudiar.

MARQUESA. Y que me hacías la corte... yo era entonces dama de honor de la mejor de las princesas. No te haré su elogio, porque iríamos demasiado lejos... además, nada nuevo te diría, puesto que la conoces. Pues bien, amigo mío, á ella únicamente impuse en el secreto de mi casamiento: despues, aunque separada de ella, he continuado confiándole mis inquietudes, mis temores para el porvenir; y para que juzgues si tengo razon en contar con su amistad, sabe que en este instante trabaja en nuestro favor.

RODOLFO. ¡Será posible!

MARQUESA. En su última carta me espresó que de allí á algunos días llegaría alguno de la corte de Francia en quien podríamos depositar nuestra confianza; persona en extremo hábil y que, sin mision alguna aparente, vendrá encargado en secreto de preparar al gran duque para nuestro enlace, inclinándole por todos los medios posibles á que dé su consentimiento.

RODOLFO. ¡Ah! ¡Esa es mi única esperanza! Nunca llegará mas á tiempo su proteccion, porque si supieses el apuro en que me encuentro...

MARQUESA. ¿Cuál es?... Acaba, te lo suplico... Mi corazón no conoce ni la desconfianza, ni los celos... pero ¿qué retrato era el que ocultastes ayer á mi llegada?

RODOLFO. ¡Cómo! ¿viste quizá?

MARQUESA. Si, y no me atrevi á hablarte de ello.

RODOLFO. Ni yo tampoco, porque ese retrato... eso al fin no sería nada... Pero si supieses... Ten entendido que son dos.

MARQUESA. ¿Qué dices?

RODOLFO. Silencio... alguien llega.

MARQUESA. Nada temas: es uno de nuestros criados, Herman, que nos es tan adicto...

ESCENA II.

Los mismos; HERMAN.

HERMAN. Una carta para la señora marquesa: aguardan la respuesta.

RODOLFO. ¿Qué es eso?

MARQUESA. (Dándosela.) Vedlo vos mismo.

RODOLFO. (Leyendo.) «Un antiguo amigo que llega de Francia, pide permiso á la señora marquesa de Surville para ofrecerle sus respetos. Tiene noticias que darle de París y de los amigos que allí ha dejado; pero no se atreve á presentarse esta mañana en la quinta sin su permiso. — Firmado, el caballero de Chavigni.»

MARQUESA. ¡El caballero de Chavigni! Está al servicio de la princesa y viene de su parte... es el que esperamos. (A Herman.) Que venga esta misma mañana, lo mas temprano que le sea posible.

HERMAN. Está bien, señora.

RODOLFO. Un momento, Herman.

HERMAN. Estoy á vuestras órdenes, príncipe.

RODOLFO. ¿No sería mejor citarle á palacio? Porque es absolutamente preciso que yo hable con él de un asunto importante que vos ignoráis...

MARQUESA. ¡Para palacio! ¡qué ideal! No perdais de vista que viene aquí en secreto á entenderse con vos, antes de hablar al gran duque... Además, ¿no teneis presente que se espian todos vuestros pasos?

RODOLFO. Teneis razon; sería una imprudencia. Estudiaré otro medio... Adios, os dejo... ¿Cuándo podré volver á veros?

MARQUESA. Lo ignoro.

RODOLFO. ¿Cómo me lo hareis saber?

MARQUESA. Eso dependerá de vos.

RODOLFO. ¿Cómo se entiende?

MARQUESA. (Bajando los ojos.) Esos dos retratos de que hablabamos hace un instante...

RODOLFO. ¿Y qué?...

MARQUESA. Que podeis volver... el día que me sean entregados.

RODOLFO. (Vivamente.) Pues los tendreis hoy mismo.

MARQUESA. ¿De veras? ¡Adios, adios, marchad pronto! Herman, seguid á S. A. y examinad si algo se opone á su partida.

HERMAN. Monseñor tendrá necesidad de salir por la puerta del parque, porque por este lado hay gente.

MARQUESA. ¡Ya! ¿y quien es?

HERMAN. Un caballero de cierta edad, con su hija... el conde del Douro.

RODOLFO. ¡El embajador portugués!

MARQUESA. ¿Cuándo ha llegado?

RODOLFO. Ayer tarde. ¿Le conocéis?

MARQUESA. Le he recibido algunas veces en París. Tened cuidado que no os vea, porque es tan diestro y tan sutil, que no tardaría en adivinar nuestro secreto.

RODOLFO. Nada temais... Herman, hacedle entrar... Entre tanto atravesaré yo el parque... Adios, amor mío.

MARQUESA. Hasta la noche.

RODOLFO. Antes, si me es posible.

ESCENA III.

La MARQUESA, el CONDE DEL DOURO, ISABEL, HERMAN.

HERMAN. (Anunciando.) El señor conde del Douro y doña

Isabel. (*Vase. El conde del Douro y doña Isabel entran por la puerta de la derecha.*)

MARQUESA. ¡Qué agradable sorpresa! ¡Cómo, señor conde, vos en este país!

CONDE. Sí, señora, un viaje de recreo; he traído conmigo á mi hija, que no había visto la Alemania, y tengo el honor de presentárosla. He querido consagraros nuestra primera visita, pues acabamos de bajar del coche en este momento.

ISABEL. Es decir, ayer noche, papá.

CONDE. Despues de las doce, lo que equivale á hoy mismo. Ya voy conociendo que el viaje me sienta perfectamente.

ISABEL. ¡Ca! si estabais tan inquieto... informándoos á cada paso de si el baron de Saldorf, el embajador de Sajonia, nos había precedido... ¡Eh! ¿qué importa llegar una hora mas temprano ó mas tarde?

CONDE. ¡Isabel!

ISABEL. ¡Ay Dios mío! Qué, ¿he hecho mal en decir eso? ¿os incomoda?

CONDE. ¿A mí? de ningun modo.

ISABEL. No os enfadéis, que no hablaré mas de este dichoso viaje; con tanto mayor motivo, cuanto espero resarcirme aquí de sus molestias.

MARQUESA. No me atrevo á prometéroslo. Aquí todo el mundo está grave y hay pocos placeres, pocas fiestas.

ISABEL. No faltarán, al menos así lo creo; pues aunque mi papá no me dice nunca una palabra, me previno que me trajese mis vestidos de baile: ya sabeis lo que significa un vestido de baile... yo lo he comprendido en seguida. Aun mas: ha tenido la complacencia (porque, á escepcion de hablar, mi papá no me niega nada), ha tenido la bondad de encargarme para mí un manto de corte magnífico.

CONDE. ¡Yo!

ISABEL. Ya sabeis... como los que llevaban las damas de honor en el casamiento de nuestra soberana...

MARQUESA. ¡Cielos!

ISABEL. Quizá sea para alguna ceremonia de este género.

CONDE. (*Vivamente.*) ¡Isabel!

ISABEL. ¡Ay Dios mío! ¿También he hecho mal en decir eso? No os incomodéis; no hablaré jamás de trajes de corte, de bailes, ni de casamientos.

MARQUESA. (*Afectando una sonrisa.*) Al contrario, hablemos de eso. ¡Cómo, conde, no me habeis advertido nada, vos, un antiguo amigo! No lo esperaba de vos, porque al fin, como francesa, tengo una reputacion que sostener; no parece bien dejarse eclipsar por las damas de la corte. Hablad, hablad, caballero; mi interés os responde de mi discrecion.

CONDE. Siento que el atolondramiento de mi hija me haya privado del mérito de una confidencia que tenia intencion de haceros. Teniendo en cuenta el crédito y el aprecio de que gozáis, no pondreis en duda que tenia yo necesidad de reclamar vuestra eficaz cooperacion.

MARQUESA. Es verdad. Sin embargo, somos las mujeres tan poco consecuentes en nuestras ideas; comprendemos tan poco los graves intereses que os preocupan... Empezando por mí, si me hablais de otra cosa que de las últimas modas, no entiendo una palabra.

ISABEL. Como yo; así es que mi papá nunca quiere confiarle nada.

CONDE. Me parece que no voy muy descaminado. Hoy, no

obstante, y como una escepcion, quiero decírtelo todo... y mas que nunca conocerás la necesidad de guardar silencio. Se trata del matrimonio de una princesa de nuestra casa con el principe Rodolfo...

MARQUESA. (*Aparte.*) ¡Cielos! (*Alto.*) Parece que se presentan algunos obstáculos...

CONDE. Importantes.

MARQUESA. (*Aparte.*) Respiro.

CONDE. Yo he sabido, sin que me quepa duda alguna de ello, por medios algo largos de explicar, que la Sajonia tiene en este momento iguales intenciones.

MARQUESA. (*Aparte.*) Un enemigo mas... ¡Ay Dios mío!

CONDE. El baron de Saldorf, su embajador, debe llegar de un momento á otro para negociar tan grave asunto... Existen entre nosotros antiguas rivalidades, y á cualquier precio, es preciso que yo salga victorioso.

MARQUESA. ¿Y si á pesar de todo el principe no quisiese casarse?

CONDE. No es dueño de oponerse... El principe se debe al estado. Ya conoceréis que desde anoche, que llegué, no habré perdido el tiempo. Ya me he puesto en relacion con las personas que me tendrán al corriente de todo lo que pase. Además, esta mañana he tenido una entrevista con el gran duque, quien se halla bastante dispuesto, pero no se ha decidido aun.

ISABEL. ¡Tantas cosas desde ayer! ¡Y yo no sospechaba si quiera!... ¡Un diplomático no duerme!

CONDE. Lo que ahora os suplico, señora, es que hableis en nuestro favor, no solamente al principe, sino á la corte, entre los vuestros... En los salones es en donde las opiniones se forman: además, si se desea triunfar en el dia, es preciso contar con las mujeres... sobre todo con las mujeres de talento... porque el talento ahora es una potencia.

MARQUESA. En cuanto á este asunto desconfío de mi poder.

CONDE. Hay soberanos que no conocen su fuerza, y en ese caso os encontráis vos. El segundo favor que espero de vuestra amistad, es que me hagais el obsequio, durante mi permanencia aquí, de tener á mi hija á vuestro lado. No conozco sociedad ni casa mas agradable que la vuestra.

MARQUESA. Me pedis un favor que soy yo la que debo agradeceróslo. (*Pasa al lado de Isabel.*)

ISABEL. ¡Ah, señora, qué buena sois! Mi papá, demasiado lo veo, teme mis indiscreciones, y por esto me aleja de su lado.

CONDE. ¡Yo! ¡qué ideal! Si quieres, amiguita, que te hable francamente, diplomacia á un lado, sabe que si te pongo bajo la proteccion de la señora, es porque hay cierta persona en el mundo cuyas asiduidades me dan que temer; cierto sugeto á quien conoces perfectamente, y que nos encontramos en todos los puntos que llevamos de viaje.

ISABEL. ¡Quizá sea casualidad!

CONDE. Un atolondrado, de excelente familia, que podia aspirar á todo; el hijo de un antiguo amigo, á quien yo mismo di las primeras lecciones, y á quien me he visto precisado á abandonar, porque no hará nunca nada.

ISABEL. Es decir, él no será nunca un hombre de estado, pero puede ser otra cosa. ¿Creeríais, señora, que ese pobre jóven, con tal de complacer á mi papá y de merecer mi mano, ha probado hasta á ser diplomático? Por espacio de dos años ha estudiado en París los ne-

gocios extranjeros... y no puede, no entiendo una jota; pero no es culpa suya, sino que carece de vocacion. Este es el motivo por que mi papá no le puede sufrir; pero en cuanto á mi, si yo me creyese con derecho para tener un parecer, le preferiria por esa sola circunstancia. No quiero ser esposa de ningun embajador, pues soy poco discreta para eso. Casi es preciso tener que preguntar todas las mañanas al marido la fisonomia que debe guardarse durante el dia... ¡Oh! eso es horrible... violento, un continuo disfraz; la vida entera presenta el aspecto de un baile de máscaras... ¡y el baile de máscaras es tan fastidioso!...

CONDE. No siempre: ¿no es verdad, señora? Pero sean cuales fueren mis ideas, no es este el momento de discutir las. Lo importante por de pronto es velar por mi hija, y eso me es imposible. Tengo sobrados negocios para ocuparme de los míos, y como mi profesion me obliga á conocer lo que sucede en las casas ajenas, no he tenido tiempo aun de saber lo que se hace en la mia. Pero al confiársela quedo del todo tranquilo, y en adelante puedo desafiar abiertamente al caballero de Chavigni...

MARQUESA. ¡Cómo! ¡el caballero de Chavigni... un francés! ..

ISABEL. Sí, señora.

MARQUESA. ¿Y es á él á quien teméis?

CONDE. Ya no le temo, señora... No creo que se atreviera á entrar aquí...

ESCENA IV.

Los mismos; HERMAN, por la puerta de la izquierda.

HERMAN. (Anunciando.) El señor de Chavigni.

ISABEL. ¡Dios mío!

CONDE. ¿Cómo diablos se encuentra aquí? ¿que le habrá traído?

MARQUESA. (Algo turbada.) En verdad que... no sé nada... y como vos, ignoro... (Aparte.) ¡Qué contratiempo! ¿Y cómo desviar sus sospechas?

CONDE. Cuando yo os decia que nos persigue por do quiera... Parece que ha emprendido la tarea de deshacer mis proyectos.

ISABEL. (Aparte.) Mi papá dirá lo que guste, pero no es tan listo quien de nada entiende. (El conde y su hija se retiran al fondo del teatro, á la derecha.)

ESCENA V.

Los mismos, CHAVIGNI.

CHAVIGNI. (Entrando y saludando á la marquesa.) ¡Cuán feliz me considero al poderos presentar mis respetos! (Reparando en el conde y su hija.) ¡Oh, señor de Dourol... ¡doña Isabel!... Hoy es el capitulo de los encuentros, y hé aquí tres admirables, segun mi parecer.

CONDE. Y sobre todo imprevistos ¿no es verdad? ¿vos no esperabais hallarnos aquí?

CHAVIGNI. Palabra de honor; la última vez que os encontré, me dijisteis que ibais á Dinamarca, lo que me desconsoló en extremo, porque estoy encargado de negocios muy importantes que me detendrán algun tiempo en esta corte.

CONDE. ¡Negocios!... ¿vos?

CHAVIGNI. Como lo oís... un asunto grave.

MARQUESA. (Aparte.) ¡Imprudente!

CHAVIGNI. ¿Esto admira á V. E.? ¡Ya estaba yo seguro,

porque teneis de mi tan buena opinion!... Vos no me creéis capaz de redactar un protocolo... ¡eal! y aun no sé si me concedereis la disposicion suficiente para ser portador de despachos diplomáticos... Pues bien, en la corte de Francia se tiene de mí una idea de todo diferente: me dan empleos, y como nadie es profeta en su patria, me envian á Alemania.

ISABEL. ¡Ay Dios mío! ¡salió lo que yo pensaba! ¿Ya sois embajador?

CHAVIGNI. Poco menos. (Al conde.) Es preciso que os hable de todo esto, para que me aconsejéis.

MARQUESA. ¿Y pensais hacer representar un papel secundario... el papel de confidente, á todo un embajador de Portugal?

CHAVIGNI. Ciertamente... ¡Vos sois tambien un enviado extraordinario! Así tendré por casualidad el honor de ser vuestro colega siquiera una vez. Lo mismo da; mi nueva dignidad no me deslumbra, y reconoceré siempre vuestra superioridad. Hé aquí de que se trata. A fin de este mes se va á dar un baile, una fiesta magnífica que ofrecerá la corte: allí han de figurar comparsas de todas las naciones, y se desea asistir á él en trajes de este pais, en esos trajes de aldeanos tan seductores, tan pintorescos. Pero ¿cómo obtenerlos del todo exactos y fieles? ¡Los grandes se ven tan á menudo engañados! Entonces me presenté yo, ofreciéndome á venir á buscarlos aquí; y como conocen mi integridad y mi adhesion, se han dignado encargarme de una mision tan importante, dándome los poderes mas amplios. Esto es lo que aquí me trae.

MARQUESA. (Aparte.) Me ha comprendido: respiro.

CHAVIGNI. Hasta aquí mi embajada presenta los mejores auspicios. Ya esta mañana, á algunas leguas de aquí, me ha ocurrido la mas graciosa aventura... Hallábame solo en mi silla de posta, ocupada por entero por mi capacidad diplomática, y no sé cómo diantre he hecho volcar, sin apercibirme de ello, un pesado landó, inmenso edificio de construccion alemana... Aun se me figura ver á su dueño, algun conde del Santo Imperio, reprochándome porque iba como el viento. Pero... no es culpa mia; ¡es preciso que un francés vaya de prisa, de prisa, y que un embajador demuestre siempre que le falta el tiempo!... Vos me lo habeis dicho cien veces. ¿no es verdad?

CONDE. Es verdad. ¿Y por un traje de baile teneis tanta prisa? ¿para eso habeis andado cuatrocientas ó quinientas leguas?

CHAVIGNI. Vos habeis corrido á menudo el doble para negociaciones menos difíciles. La mia, habeis de convenir en que es de las mas delicadas; no perdais de vista que he de ponerme en contacto con las mujeres mas lindas del pais; para no dejarse turbar ni dominar, para no hacer caso de la persona y si únicamente de su traje, se necesita bastante cabeza... y vos, que tanto blasonais, quizá la perderiais mas pronto que yo. En cuanto á mi es diferente, mi mérito es menor que el de cualquier otro, (Mirando á Isabel.) pues hace tiempo que tengo mi salvaguardia. (Pasa á la derecha de Isabel.)

ISABEL. Lo mismo da... de todos modos no deja de ser una mision muy singular.

CONDE. (Bajo á la marquesa.) Tan singular, que apostaria que en cuanto acaba de decirnos... no hay una palabra de verdad.

MARQUESA. (*Lo mismo, sonriendo.*) Yo tambien creo que algun otro motivo... (*Señalando á Isabel.*) que no os costará trabajo adivinar.

CHAVIGNI. (*Aparte y mirándoles.*) ¿Qué les pasa? Parece que no me creen; sin embargo, les he dicho la verdad.

CONDE. ¿Teneis intencion de presentaros en la corte del gran duque?

CHAVIGNI. No por cierto; no tengo credencial, pues he venido de incógnito y sin carácter diplomático, así es que solo me importaba visitar á la señora de Surville, cuyo gusto y conocimientos pueden guiarme en mi difícil encargo.

MARQUESA. (*Con intencion.*) Haré cuanto esté á mi alcance para secundaros; pero ante todo necesito enseñar á esta amable niña la habitacion que le destino, porque se queda conmigo, bajo mi vigilancia; su padre me la ha confiado.

CHAVIGNI. (*Con alegria.*) ¿De veras? Eso no será obstáculo para las graves conferencias que hemos de tener juntos; al contrario, doña Isabel será testigo.

MARQUESA. Ni pensarlo, caballero: tan importantes negocios solo se tratan en secreto. (*Con intencion.*) Dentro de un instante tendré el honor de volver á veros, pero sola, sin testigos, si es que no os asusta la conferencia.

CHAVIGNI. (*Con arrogancia.*) Señora, un diplomático nada teme. (*La marquesa da la mano á Isabel, y entran juntas en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA VI.

El CONDE, CHAVIGNI.

CONDE. Ahora que estamos solos, hablemos con franqueza, porque vos sabeis que nuestra profesion nos exige siempre dos verdades.

CHAVIGNI. Si, una de ellas que es mentira.

CONDE. Que es la primera; pero aquí se trata de la segunda, y ya conoceréis que no me engaño acerca del motivo que aquí os dirige.

CHAVIGNI. Sin embargo, he dicho lo que hay, bajo palabra de honor: vengo en busca de un traje de baile... Aparte de esto, como no deseo lidiar con vos, pues sois mas diestro, debo confesar que me he encargado de este negocio, que me ofrece seis semanas de licencia, para tener el placer de seguir vuestras huellas. Apenas se necesitan algunos dias para llegar hasta aquí, y hace mas de un mes que sali de Paris; pero para cumplir mi mision he tomado el camino que elegia La Fontaine para ir á la academia... esto es, el mas largo. Os hallabais en Milan, y esto me ha hecho pasar algunos dias en Italia. Fuisteis á Génova por el Simplon, y así he podido ver la Suiza. Atravesasteis el Rhin, y he visitado la Alemania... y entre paréntesis, esto me ha vuelto á mi camino, lo que es graciosísimo. A vos, pues, mi venerable profesor, lo deberé todo, desde las primeras lecciones que empezaron mi carrera diplomática, hasta los viajes que la han perfeccionado.

CONDE. (*Sonriendo.*) Es verdad. Escuchadme, querido Chavigni; vos sois un jóven muy amable, á quien aprecio mucho; muy divertido, muy ingenioso...

CHAVIGNI. ¡Cuán bueno es V. E.! ¿es esa su primera verdad?

CONDE. (*Sonriendo.*) No, es la segunda... Ya hemos convenido no emplear mas que esta entre nosotros, porque aquí no se trata mas que de asuntos de familia. Vos

amais mucho á mi hija, y lo siento, porque no quiero dejaros concebir infundadas esperanzas; para demostraros acerca del particular todo el fondo de mi pensamiento, os declaro que jamás sereis mi yerno.

CHAVIGNI. Gracias por tanta franqueza. Yo sé que mi fortuna es escasa é inmensa la vuestra; pero no aspiro á vuestras riquezas ni os las pido.

CONDE. ¿Podeis imaginaros, caballero, que me guia semejante motivo? Prueba de ello es que en otro tiempo ya sabeis que este enlace estaba convenido entre nuestras dos familias. Pero despues he cambiado de ideas... tengo otras miras sobre mi hija... Yo deseo un yerno á quien poder asociar á mis ideas, á mis proyectos... Un yerno que siga con honor mi carrera y que brille en primera linea.

CHAVIGNI. Yo no desearia otra cosa, y no me opongo á ello; mi mérito es quien no lo quiere. No he nacido diplomático, y no sabria cómo componérmelas; pero hay otras carreras en que uno puede distinguirse...

CONDE. Aquella es la única que yo aprecio y que honro.

CHAVIGNI. Cada uno tiene su parecer, y como maldito lo que entiendo en las discusiones politicas, he abrazado la carrera militar. Aquí no hacen falta ni rodeos, ni sutilezas, ni... pues para dar ó recibir una estocada, no se necesita tanto talento; es decir que vosotros charlais sin zurraros, y nosotros nos zurramos sin chistar.

CONDE. Si, tiene su mérito; pero por desgracia ninguno hay como ese que se oponga tanto al género de talento que yo quisiera ver en mi yerno. ¿Hay cosa mas absurda que la guerra para un hombre sensato? ¿No es por su naturaleza el enemigo nato de la diplomacia? ¿Qué objecion podreis oponer á cien mil bayonetas? ¿Qué argumento podreis presentar á un cañonazo? La guerra es el abuso, el triunfo de la fuerza: en donde reina el sable, enmudece el pensamiento; ya no hay civilizacion, estamos en Turquía, en Argel... Pero conseguir en el silencio del gabinete, por la sola influencia del raciocinio, por felices y hábiles combinaciones, conseguir, digo, poner un freno á la ambicion, mantener el equilibrio, la paz entre las diferentes potencias, y forzar, en fin, á los hombres á ser dichosos, sin ponerles las armas en la mano, sin derramar su sangre... esto es lo que no se admira como se debe; jesto es bello, sublime!... ¡es el triunfo y la obra del génio!

CHAVIGNI. Así es... en apariencia; pero ¿qué se diria si á menudo se conociesen las causas secretas ó reales de los principales acontecimientos? No es esto que yo quiera arrebatár á los ministros de talento, á los grandes negociadores, la gloria que les pertenece; pero convenid en que si se pusiese á un lado la parte que en todo ello tiene el azar, el mérito quedaria reducido muchas veces á muy poca cosa.

CONDE. Pues yo sostengo que no existen azares para un hombre entendido, pues el talento lo hace todo... Pero, ¿quién viene aquí? es el caballero de Rhinfeld, el secretario principal, que me profesa ya una amistad á toda prueba.

ESCENA VII.

Los mismos; el caballero de RHINFELD, entrando por el fondo y haciendo profundas cortesias.

CHAVIGNI. (*Aparte.*) ¿Quién será este? Algun empleado de

la cancillería, pues es tan misterioso como un secretario de estado y largo como un protocolo.

RHINFELD. ¿Podré hablar dos palabras en particular al señor conde del Douro?

CHAVIGNI. Que yo no sea obstáculo... (*Repara en un gran album que habrá encima de un sillón á la izquierda.*) Aquí hay justamente un album de dibujos y grabados: puede que halle en él alguna idea para el traje que necesito. (*Mientras que hojea el album, se aproxima Rhinfeld al conde.*)

RHINFELD. Vengo de la estancia del señor conde, en donde habíais dejado dicho que aquí os encontraría.

CONDE. (*En voz baja.*) ¿Qué tenemos? ¿Me concede la audiencia el príncipe Rodolfo?

RHINFELD. He hecho cuanto he podido. V. E. no puede dudar de mi adhesión y del interés que me inspira este asunto... pero S. A. no recibe esta mañana.

CONDE. ¿Qué contratiempo! ¿Si habrá llegado el enviado de Sajonia?

RHINFELD. No, monseñor.

CONDE. ¿Y no podré aprovechar esta tardanza tan favorable?... ¿No habría medio de ver al príncipe? (*A media voz.*) Decídmelo, señor de Rhinfeld, ¿no recibirá á nadie mas?

RHINFELD. (*Lo mismo.*) A nadie, escepto á un extranjero, á quien no conozco, y que acaba de llegar á este país; es un enviado de Francia, un tal Chavigni.

CONDE. ¡Silencio! ¿Estáis del todo seguro?

RHINFELD. Si tengo una carta para él, una carta que le escribe el príncipe: estoy encargado de entregársela con el mayor sigilo, y por lo tanto marchó á su estancia...

CONDE. (*Deteniéndole y en voz baja.*) ¡Es inútil! está aquí; miradlo. (*Le señala á Chavigni.*)

RHINFELD. ¡Será posible! Entonces, si le conocéis, vuestro negocio es seguro, porque goza de todo el favor del príncipe, y obtendréis por su mediación cuanto deseéis.

CONDE. No lo hubiera esperado nunca.

RHINFELD. Ni yo tampoco; ha sido la mas feliz casualidad...

V. E. no echará en olvido que lo debe todo á mi habilidad y á mi penetración.

CONDE. Ya sabéis cuales son mis promesas, y jamás he faltado. Cumplid vuestra misión y dejadnos.

RHINFELD. Sí, monseñor... (*Dirigiéndose á Chavigni, á quien saluda.*) ¿Es al caballero de Chavigni, enviado de Francia, á quien tengo el honor de hablar?

CHAVIGNI. El mismo: ¿qué se os ofrece?

RHINFELD. Una carta que S. A. el príncipe Rodolfo me ha encargado que os entregue con el mayor sigilo.

CHAVIGNI. ¿A mí? Sin duda os equivocáis.

RHINFELD. (*Dándosela.*) Para vos mismo. Espero que tendréis la bondad de espresar á S. A. el modo satisfactorio con que he cumplido mi misión. (*Saluda y se va por el fondo.*)

ESCENA VIII.

CHAVIGNI, el CONDE.

CHAVIGNI. (*Contemplando la carta.*) Es seguro que si le han ordenado entregármela misteriosamente, lo ha cumplido, porque maldito si entiendo una palabra.

CONDE. (*Sonriendo.*) ¿De veras?

CHAVIGNI. Palabra de honor: en mi vida he visto al prínci-

pe, ni creía tampoco que él me conociese.

CONDE. (*Lo mismo.*) ¡Vaya!

CHAVIGNI. Os lo juro.

CONDE. Aun no habeis adquirido la costumbre de fingir, lo conozco; pero haceis mal en disimular conmigo, porque sospecho lo que contiene ese billete.

CHAVIGNI. Pues sabéis mas que yo, porque lo ignoro... no puedo caer... Leed primero.

CONDE. ¿De veras? ¿Estáis seguro de que nada me hará saber?

CHAVIGNI. Alguna invitación de baile.

CONDE. (*Leyendo.*) «No podré recibir en mi palacio al caballero de Chavigni, pero le ruego que me espere á la una en el parque de Surville: la proximidad de la caza me permitirá llegarme allí para hablarle algunos instantes.»

CHAVIGNI. Pues, hombre, no deja de ser singular... ¿Qué significa esto?

CONDE. A vos es á quien debo yo hacer esa pregunta... pues vos no habeis venido aquí sin motivo.

CHAVIGNI. Es verdad; como os tengo dicho, he venido en busca de un traje de baile.

CONDE. Decídselo á otro, pues no será á mí á quien hagáis creer semejantes locuras, buenas, todo lo mas, para mi hija ó para la marquesa de Surville. En cuanto á mi, hacedme el favor de inventar mejores razones, ó confesadme de una vez que motivos particulares os obligan á guardar silencio, en cuyo caso, comprendo lo que todo significa. No insisto mas y nada deseo saber.

CHAVIGNI. ¡Bravo! ¿qué os decía yo hace un momento? Hé aquí como se despierta vuestro génio diplomático y forja mil conjeturas; pero tranquilizaos... vuestra desconfianza, vuestra destreza habitual, os hacen ver graves acontecimientos en donde nada hay.

CONDE. ¡Ah! con que á vuestro parecer nada quiere decir el que el príncipe solo os pueda recibir á vos; y cuando esta audiencia que estoy solicitando desde esta mañana, os la concede á vos... léjos de palacio... en secreto... en este parque...

CHAVIGNI. Podría ser que hubiese realmente algo... quizá esté enterado de mi misión... Todo se sabe en la corte, y tal vez querrá darme algun consejo sobre el traje de baile...

CONDE. ¡Otra vez! ¡eso ya es demasiado!

CHAVIGNI. Lo sentiría, porque cuando un príncipe da un consejo, es preciso seguirle, y si tocante á trajes no es hombre de gusto... lo que es muy posible...

CONDE. (*Colérico.*) ¡Caballero! eso pasa ya de los límites... (*Conteniéndose.*) Escuchadme, Chavigni... yo os profeso un grande afecto, y quizá me lo tengáis vos á mí.

CHAVIGNI. ¿Quién lo duda?

CONDE. Pues bien, os ofrezco la paz ó la guerra. ¿Cuál es vuestra misión ante el príncipe, y cuál debe ser el objeto de vuestra entrevista?... Responded.

CHAVIGNI. Bien lo quisiera... pero no puedo, por una razón que vos mismo aprobareis.

CONDE. ¿Y consiste?...

CHAVIGNI. En que no sé nada.

CONDE. No sabéis nada... Esa respuesta me lo dice todo; y ahora comprendo... Pues bien, yo os declaro que impediré esa entrevista... que si es necesario, daré parte al gran duque, porque al punto á donde han llegado las negociaciones, esta conversacion secreta de su sobrino

con un enviado de Francia es muy inconveniente, por no decir otra cosa... Pero callad, callad, allí en los jardines distingo al príncipe en persona.

CHAVIGNI. (*Aparte.*) Es verdad. ¿Si realmente tendrá razon?... es muy posible... mas sabe de esto, que yo.

ESCENA IX.

Los mismos, RODOLFO.

RODOLFO. (*Aparte, viendo á Chavigni.*) ¡Es él... Chavigni!... ¡Dios mío! ¡el enviado de Portugal! ¿Cómo es que aun está aquí?

CONDE. No esperaba la dicha de hallar á V. A.

RODOLFO. Yo soy, señor conde, quien me considero dichoso por tan feliz casualidad. Me he visto separado del resto de la caza, junto á estos jardines, que no conocia... ¿A quién pertenecen?

CHAVIGNI. A la señora marquesa de Surville.

RODOLFO. ¡Ah! pero... ¿no sois vos el caballero de Chavigni?

CHAVIGNI. Si, príncipe.

CONDE. ¿Le conocía V. A.?

RODOLFO. Mucho: nos hemos visto en la corte de Francia... éramos íntimos... y yo espero que, durante su permanencia aquí, me tratará como antiguo amigo.

CONDE. (*Aparte.*) ¡Y Chavigni que pretendía no conocerle! (*Alto.*) Esta mañana, príncipe, he hecho pedir á V. A., por conducto del señor de Rhinfeld, su secretario, un instante de audiencia...

RODOLFO. No era necesario. Bien sabéis, señor conde, que yo siempre estoy visible para vos. Venid mañana, pasado, cuando gustéis, y hablaremos de negocios; pero hoy todo es placer... El gran duque, á quien he dejado en el extremo del parque, iba estrañando ya no veros á su lado.

CONDE. ¡Será posible!

RODOLFO. Esta noche tenemos baile, concierto... espero que os dejareis ver, como tambien el caballero de Chavigni. (*A Chavigni.*) Creo recordar que sois un gran músico, violinista de primera.

CHAVIGNI. (*Tartamudeando.*) Es muy posible... (*Aparte.*) El violon es lo que yo toco.

RODOLFO. Pero ¿os gusta la música?

CHAVIGNI. ¡Mucho!

RODOLFO. Pues ya hablaremos. En primer lugar, aquí, en Alemania, estamos por la música italiana: la corte es *Rossiniana*, os lo advierto.

CHAVIGNI. (*Friamente.*) Lo siento, príncipe, pero yo soy independiente en mis opiniones, y estoy por la música alemana.

CONDE. (*Aparte.*) ¡Buen cortesano!

RODOLFO. (*Bajo á Chavigni, señalándole el conde.*) Tratad de que se vaya.

CHAVIGNI. Si, príncipe. (*Acercándose al conde y en voz baja.*) Querido profesor...

CONDE. ¿Qué se ofrece?

CHAVIGNI. S. A. me dice que invente un medio para alejarnos de aquí... Vos, que teneis tanto talento, decidme cómo he de gobernarme para...

CONDE. (*Con despecho.*) Entiendo; pero no gozareis largo tiempo de vuestro triunfo. (*Aparte.*) Vuelo al lugar de la reunion para prevenir al gran duque. (*Saluda á Rodolfo y se aleja.*)

ESCENA X.

RODOLFO, CHAVIGNI.

RODOLFO. ¡Qué felicidad! ¡nos deja! Y para eso no habeis tenido que soltar mas que una palabra. ¿Sabéis que sois muy diestro?

CHAVIGNI. ¡V. A. es demasiado bueno!...

RODOLFO. No perdamos tiempo. ¿Habeis llegado de Francia?

CHAVIGNI. Esta misma mañana.

RODOLFO. ¿Habeis comunicado á la marquesa de Surville las órdenes de que sois portador?

CHAVIGNI. Si, príncipe.

RODOLFO. ¡Alabado sea Dios! Asi podremos hablarnos sin rebozo y entendernos los tres... Venid, pasemos á la habitacion de la marquesa... ¿en dónde está?

CHAVIGNI. Con doña Isabel, la hija del enviado de Portugal.

RODOLFO. ¡Malo! Como temo que por hoy no podré volver á ver ni á vos ni á la marquesa, tomad en primer lugar... (*Deteniéndose.*) Pero no sé cómo pedir os este favor.

CHAVIGNI. ¿Y por qué no, monseñor? Ruégoos que creais que os soy completamente adicto.

RODOLFO. Hé aquí en primer lugar los dos retratos en cuestion; desde ahora no me pertenecen, y os suplico que los entregéis á quien ya sabéis.

CHAVIGNI. ¡Cómo! ¿quereis... que yo?...

RODOLFO. Yo creo al menos... que entre nosotros... entre jóvenes, esto no puede herir vuestro amor propio... pues á no ser así...

CHAVIGNI. ¡Cómo, querido príncipe!...

RODOLFO. Hablando ahora de nuestro importante asunto, la sola presencia del conde del Douro debe indicarnos la difícil posicion en que me encuentro, y gracias al cielo, no sé por qué feliz casualidad no ha comparecido aun el enviado de Sajonia, pues esta tardanza nos da tiempo para tomar nuestras medidas. Pero en este momento es preciso ante todo que...

ESCENA XI.

Los mismos; ISABEL, saliendo de la habitacion de la derecha.

ISABEL. ¡Ay Dios mío, cuánta gente! ¿No oís?

CHAVIGNI. ¿El qué?...

ISABEL. Caballos, perros, picadores... el gran duque que vuelve de caza y que entra á descansar en el palacio de la marquesa de Surville.

RODOLFO. ¡Cielos!

ISABEL. Mi papá le acompaña, y la señora marquesa se ha apresurado á ir á recibir á S. A.

RODOLFO. ¿Qué le podrá traer aquí?

CHAVIGNI. ¡Ahora caigo! El conde del Douro, el enviado de Portugal... Si, me habia amenazado con interrumpir nuestra entrevista.

RODOLFO. ¡Gran Dios! ¿le habeis dicho acaso?...

CHAVIGNI. No he dicho una palabra ni á él ni á nadie. Yo he venido aquí por un traje de baile y nada mas.

RODOLFO. Divinamente... habeis obrado bien; pero sobre todo con el gran duque os recomiendo la mayor circunspeccion.

CHAVIGNI. Vivid tranquilo.

ISABEL. (*Bajo á Chavigni.*) ¡Ah, caballero, qué mujer tan

amable es la marquesa!... Se interesa por nosotros... nos protege... me ha prometido unirnos. Por lo tanto, haced cuanto os diga; no os recomiendo otra cosa... (*Alejándose.*) Aquí están mi padre y S. A.

ESCENA X.

Los mismos; el GRAN DUQUE, dando la mano á la Marquesa, el CONDE DEL DOURO, el BARON DE SالدORF, séquito de cazadores, picadores, etc.

GRAN DUQUE. ¿Me perdonareis, marquesa, el haber venido á visitaros tan de improviso?

MARQUESA. Unicamente hubiera querido estar advertida, para poder recibir mejor á S. A.

GRAN DUQUE. El conde del Douro ha sido el que, haciéndome admirar vuestro parque, me ha inspirado el deseo de penetrar en él.

CHAVIGNI. (*Bajo á Rodolfo.*) ¿Qué os decía yo?

RODOLFO. En efecto, estos jardines son deliciosos, (*La marquesa pasa al lado de Isabel.*) y como lugar de cita para los cazadores es un paraje encantador.

GRAN DUQUE. Ya lo veo, puesto que mi sobrino se ha adelantado ya. Principe Rodolfo, me alegro de hallaros; aquí teneis al enviado de Sajonia, el señor baron de Sالدorf, que acaba de llegar y solicitaba ofreceros sus respetos.

SالدORF. Hablándoos francamente, contaba gozar mas pronto de semejante honor, pero un accidente acaecido á mi carruaje me ha hecho retardar algunas horas...

RODOLFO. (*Bajo á Chavigni.*) Felizmente para nosotros.

MARQUESA. ¿Y cómo os ha sucedido eso, señor baron?

SالدORF. Hablando francamente, señora, nada puedo decir... El camino era magnifico, ancho cuanto es posible... pero un caballerito, sin miramientos ni... y que se reía en francés con cierto aire de socarron, y á quien reconoceria entre ciento... (*Reparando en Chavigni.*) ¡Diantre, hélo aquí!...

TODOS. ¡Cómolo! ¡el enviado de Francia!

CONDE. (*Aparte.*) Ya tendria sus designios.

RODOLFO. (*Bajo á Chavigni.*) ¡Bravo! ¡bien! ¡muy bien!

MARQUESA. (*Lo mismo.*) El medio ha sido excelente.

GRAN DUQUE. ¿Y cómo es que el enviado de Francia se halla en mi córte sin haberme sido presentado?

CHAVIGNI. Como mi mision es tan poco importante... como que tan solo vengo en busca de un traje de baile...

CONDE. (*Aparte.*) ¡Qué atrevimiento!... ¡hasta á S. A.!

GRAN DUQUE. (*Aparte.*) ¿Cuáles serán sus intenciones? Yo las sabré. (*A Chavigni.*) Esta noche tenemos baile en palacio, y cuento con vos.

RODOLFO. (*Bojo á Chavigni.*) Aceptad.

CHAVIGNI. Tendré mucho honor...

MARQUESA. Allí nos veremos todos...

RODOLFO. (*Id.*) En vos está nuestra esperanza.

GRAN DUQUE. Hasta la noche.

CHAVIGNI. Hasta la noche.

ISABEL. Hasta la noche.

TODOS. Hasta la noche, hasta la noche.

El gran duque da la mano á la marquesa. Rodolfo, el conde, Sالدorf y Chavigni salen detrás de él.

ACTO SEGUNDO.

Un salon pequeño del palacio. A la derecha la sala de baile, á la izquierda la del gran duque.

ESCENA I.

El CONDE DEL DOURO, ISABEL.

ISABEL. ¡Qué hermosa galeria acabamos de atravesar! es admirable para un baile: ¿no es cierto, papá?

CONDE. (*Preocupado.*) Si, querida.

ISABEL. ¿No es cierto que se podria bailar una magnifica inglesa? Es verdad que en Alémania no conocen mas que el vals, mas tambien tiene su mérito. Pero ¿por qué, cuando empieza á llegar todo el mundo, os venis á este pequeño salon en donde no hay nadie?

CONDE. (*Sin escucharla.*) Nada iguala á mi inquietud. No puedo negar que Chavigni ha hecho grandes progresos en el ánimo del gran duque... Hay que confesar que tiene mas intencion, mas fondo de lo que yo creia. Sobre todo siempre demuestra una alegría, una libertad de espíritu, que le permiten ocultar á los ojos de todos los designios que le ocupan. Durante la caza ha sabido entretener al gran duque con una multitud de alegres cuentos... Hasta ha compuesto dos cuartetos burlándose del montero mayor... quien crei que se enfadaria; pero ¡cal! ha sido el primero en reir.

ISABEL. Pero, papá, ¿no volvemos al salon de baile?

CONDE. ¿Para qué? el principe no está allí aun.

ISABEL. Es que estoy comprometida para el primer vals.

CONDE. ¡Comprometida!... ¿Con quién?

ISABEL. ¡Ay-papá! ya lo podeis adivinar.

CONDE. ¡Cómolo! ¡con Chavigni!... Nada le importa... ¡es lo mas audaz! Os prohibo, señorita, que baileis con él.

ISABEL. Será preciso entonces que me devuelva mi palabra, porque he aceptado.

CONDE. ¡Devolvértela! No por cierto: eso apareceria como una ruptura.

ISABEL. ¿Con que podré aceptar?

CONDE. Todavía no... aun no me he decidido.

ISABEL. Pero, papá, ¿quereis acaso hacer cuestion política de una contradanza?

CONDE. Para un hombre de estado la política está en todas partes. En fin, todo bien calculado, te prohibo que valeses con él.

ISABEL. ¡Cielos!

CONDE. Pero te permito que bailes una contradanza... una sola.

ISABEL. Comprendo... es mas conveniente.

CONDE. Si; y además, durante una contradanza se puede hablar; y él, que es tan atolondrado... Cállate, que aquí viene.

ESCENA II.

CHAVIGNI, el CONDE, ISABEL.

CHAVIGNI. Como soy, que vivia en un error. Se encuentra muy buena gente entre estos alemanes... El cocinero de monseñor es seguramente un grande hombre.

CONDE. ¿Sois vos, Chavigni? ¿De dónde venis?

CHAVIGNI. De comer con S. A. el gran duque.

CONDE. (*Aparte.*) ¡Cielos! (*Alto.*) ¿Y cómo es eso?

CHAVIGNI. Por una casualidad. Habiéndome permitido sol-

tar algunas pullas contra la cocina alemana, S. A. se ha dignado invitarme para destruir mis prevenciones.

CONDE. (*Con aire de desconfianza.*) ¡Ah! ¿con que era ese el motivo?

CHAVIGNI. No existe otro... ¡Una comida magnífica, y además una conversacion tan interesante!...

CONDE. ¿Con el príncipe?

CHAVIGNI. No, con las damas. Les he confiado el objeto de mi mision, ese traje de baile que yo venia...

CONDE. ¡Otra vez!

CHAVIGNI. Para vos esto carece de interés; pero para las damas, es un negocio de estado... Se han dignado interesarse en él hasta tal punto, que ya tengo cuanto deseaba...

CONDE. Escuchad, Chavigni; yo, como cualquier otro, me hallo sujeto al error.

CHAVIGNI. Es verdad.

CONDE. Pero cuando cometo alguno, me gusta reconocerlo, y sobre todo repararlo. Pues bien, si; yo os he juzgado mal; yo no sospechaba que tuviereis el talento y la destreza que hoy habeis desplegado; así es que mi prevencion ha concluido, y para probároslo, unios con franqueza á mi, confiadme el verdadero motivo de vuestra mision, y mi hija os pertenece.

CHAVIGNI. ¡Cielos! ¿seria posible?

ISABEL. ¡Ah! ¡cuánta bondad! ¡cuánta generosidad! ¿Y no os echais á sus piés?...

CHAVIGNI. Verdaderamente que... no tenia otra idea; pero es el caso que...

ISABEL. ¡Qué! ¿dudais?...

CHAVIGNI. No, no dudo; pero semejante felicidad, un golpe tan inesperado, y en la situacion en que me encuentro... deseo por lo menos un instante de reflexion...

CONDE. Es muy justo.

CHAVIGNI. (*Aparte.*) ¿Qué es lo que voy á hacer? ¿qué le voy á confesar? ¿que no sé nada, que no tengo ningun secreto, que soy un tonto?... Es muy capaz de no creerme, y si me cree, aun es peor, pues pierdo su estimacion y toda esperanza de obtener la mano de su hija... Pues no, á fe mia; al menos conservemos el honor... siempre hay esto en salvo.

ISABEL. Vamos, caballero, responded.

CONDE. ¿Estais decidido?

CHAVIGNI. Sí, señor conde, colocado entre el deber y el amor, me he visto á pique de ceder á este último; pero el talento que me concedéis, el mérito que habeis creido reconocer en mí, lo perderia, lo perderia todo si dijese una palabra; por lo tanto, para seguir siendo digno de vos, he resuelto callarme.

ISABEL. ¡Cielos! ¡qué oigo!

CONDE. ¡Rehusar la mano de mi hija! ¡rechazar mis beneficios!... ¡Eso es indigno!... (*Aparte.*) ¿Qué tal el caballero? por cierto que no me lo esperaba... (*Alto.*) Pero ¿qué veo? allí viene S. A. (*A Chavigni.*) Caballero, todo acabó entre nosotros. (*Aparte, yéndose.*) Me he equivocado; este muchacho irá muy lejos.

ISABEL. (*Disponiéndose á seguirle.*) ¡Inmolar el amor á su fortuna! (*Chavigni la detiene y la hace bajar al proscenio.*)

ESCENA III.

ISABEL, CHAVIGNI.

CHAVIGNI. Por favor, una palabra; no me condeneis sin oirme antes.

ISABEL. No, caballero, dejadme... ya no os puedo creer... ¡Nuestra felicidad dependia de vos solo, y habeis rehusado mi mano!

CHAVIGNI. Si, conozco que á vuestros ojos... he hecho mal, y sin embargo, vos misma no hubierais hecho otra cosa hallándoos en mi lugar; porque si es preciso que os lo confiese todo... vos no me hareis traicion... pues ¡no sé nada!

ISABEL. ¡Vaya! caballero... eso es indigno... querer disimular hasta conmigo misma... ¡Ah! ya decia yo que la diplomacia os echaria á perder.

CHAVIGNI. Os juro que no sé una palabra.

ISABEL. Entonces, ¿por qué os habeis colocado en semejante posicion?

CHAVIGNI. ¡Como si fuese mia la culpa! Yo me encuentro aqui sin saber cómo ni por qué, lanzado en medio de todos los acontecimientos, á manera de incidente, de paréntesis, y me doy por satisfecho de haber escapado hasta ahora sin cometer ninguna necesidad, lo que no puede dejar de suceder, porque ando á tientas, sin saber á donde voy...

ISABEL. Sin embargo, caballero, esa conferencia, esa entrevista secreta que habeis tenido esta mañana con el príncipe, y que mi papá no puede explicarse...

CHAVIGNI. Lo creo perfectamente, porque yo, que he asistido á ella, no comprendo aun lo que nos hemos dicho. S. A. me dirigió de prisa algunos cumplimientos sobre mi llegada, sobre la mision de que estaba encargado, y despues me entregó estos dos retratos... Mirad.

ISABEL. Es verdad.

CHAVIGNI. Examinadlos, y entonces sabreis tanto como yo.

ISABEL. Veamos, pronto.

CHAVIGNI. Soberbios diamantes y dos lindisimas mujeres. ¿no es eso?... Por desgracia, yo no las conozco.

ISABEL. Ya lo creo; la una es parienta del rey de Sajonia, la otra prima de nuestro soberano. ¿Y por qué os las ha entregado?

CHAVIGNI. Volveré á responderos lo mismo: lo ignoro. S. A. me ha dicho únicamente: «Entregadlos á quien sabeis,» y como no lo sé, se han quedado en mi bolsillo. Pero, segun lo que me habeis dicho, adivino que son regalos que querrá hacer á nuestros dos embajadores porque al fin, el retrato de su soberana... Este presente puede halagar á vuestro padre, y quien sabe si llegará á reconciliarnos. Dignaos entregárselo, y decidle que soy yo, yo mismo, quien de parte del príncipe le envío este retrato.

ISABEL. Voy al instante. Pero ¿me prometeis que no soy diplomático mas que por casualidad?...

CHAVIGNI. Os lo juro.

ISABEL. ¿Que no sereis jamás hombre de estado... hombre de talento?...

CHAVIGNI. Os lo prometo. Ya sabeis que no os puedo rehusar nada.

ISABEL. Así me gusta: voy á buscar á papá, y volveré despues, pues supongo que no habeis olvidado la contradanza...

CHAVIGNI. Yo no olvido jamás las cosas esenciales.

ESCENA IV.

CHAVIGNI, despues SÁLDORF.

CHAVIGNI. ¡Ay! qué esposa mas encantadora voy á tener.

Me contemplaré tan feliz, cuando retirado de los negocios... (*Reparando en Saldorf, que le está saludando.*)

¡Adios, aquí tenemos otro!... ¡El señor de Saldorf!...

SALDORF. Tengo el honor de saludar al señor de Chavigni.

CHAVIGNI. (*Devolviéndole el saludo.*) Señor baron... (*Aparte.*) Veámosle venir.

SALDORF. (*Aparte.*) Se calla... pues es que tiene algo que decirme... Esperemos. (*Gran pausa. Ambos se miran y se sientan, Saldorf á la derecha, Chavigni á la izquierda: vuelven á mirarse; por fin el baron de Saldorf, lleno de impaciencia, toma la palabra.*)

SALDORF. Caballero, ¿os hallais muy cansado de vuestro viaje?

CHAVIGNI. Yo debería haceros esa pregunta.

SALDORF. Yo... si he de hablar con franqueza...

CHAVIGNI. (*Aparte.*) Es verdad, que ha tenido que descansar en el camino.

SALDORF. Estoy bastante satisfecho de mi venida... Acabo de ver al conde del Douro...

CHAVIGNI. Yo tambien.

SALDORF. Así me lo ha dicho... y como le he visto algo desviado de vos, he creído que quizá podríamos acercarnos ambos...

CHAVIGNI. (*Acercando á él su sillón.*) Yo, por mi parte, me hallo dispuesto...

SALDORF. (*Después de un instante de silencio.*) El conde del Douro se me ha adelantado, y por el pronto las probabilidades están en su favor.

CHAVIGNI. ¿Y eso es lo que sentís?

SALDORF. Nada de eso, me es igual. Hablándoos francamente, no creo que nosotros triunfemos; pero nos importa muchísimo que el enviado de Portugal no triunfe tampoco, y si pudiésemos entendernos...

CHAVIGNI. No sería malo, pero ahí está la dificultad.

SALDORF. ¿Por qué no? ¿Cuál es la opinion del príncipe, y sobre todo la vuestra? Esto es cuanto yo deseo saber.

CHAVIGNI. Señor baron... hablándoos francamente...

SALDORF. (*Aparte.*) Está buscando excusas.

CHAVIGNI. Mi opinion es de tal naturaleza, que casi me es imposible decíroslo; pero vos sois sobrado sagaz para dejar de adivinarla.

SALDORF. Comprendo.

CHAVIGNI. Ya estaba yo seguro...

SALDORF. (*Aparte.*) Es mas astuto de lo que yo creía.

CHAVIGNI. Y si algo puede daros á conocer las intenciones del príncipe y mis disposiciones con respecto á vos... este presente, hecho á instancia mia, os lo dirá todo; un retrato que debéis conocer, y que me ha encargado que os entregue... ¿Comprendéis?

SALDORF. (*Aparte, examinando el retrato.*) ¡Cielos! (*Alto, levantándose.*) ¿Cómo! el príncipe Rodolfo... á instancia vuestra?...

CHAVIGNI. Si, caballero.

SALDORF. ¡A mí tamaño afrenta! ¡un proceder tan injurioso!... ¡No es la negativa que esperaba, que hasta deseaba, lo que me exalta, sino verme despedido de este modo... haber sido el juguete de semejante complot... la víctima de vuestras intrigas!

CHAVIGNI. ¡Yo, caballero!

SALDORF. (*Indignado.*) Todo lo sabrá el gran duque palabra por palabra, y á la corte entera dará á conocer vuestros proyectos. (*Vase.*)

CHAVIGNI. Debería empezar por decírmelos á mí.

ESCENA V.

CHAVIGNI, solo.

Segun se ve, este caballero no es aficionado á la pintura... ¡Y yo que creía haberlo arreglado todo á las mil maravillas!... Parece que he hecho un gran disparate: ¡hème aquí en guerra abierta con la Sajonia! Si llega á poner en práctica sus amenazas, ¿por quien me van á tomar? El mejor y mas corto medio para salir del apuro sería desaparecer y dejarlos que se expliquen entre ellos. ¡Partir! y sin saber por que y sin reparar mi imprudencia; porque segun parece, la he cometido y grande... Habré puesto en un compromiso á ese excelente príncipe, á quien soy enteramente adicto, primero por agradecimiento y despues por curiosidad; porque á pesar mio, voy tomando interés en una empresa que no conozco y cuyo principal papel estoy representando... Por otro lado, mi contradanza con doña Isabel... ¿Qué haré, Dios mio, qué haré?

ESCENA VI.

La MARQUESA, RODOLFO, CHAVIGNI.

RODOLFO. (*A la marquesa, entrando.*) Si, no lo dudeis; la tempestad va á estallar... estamos perdidos... (*Reparando en Chavigni.*) ¡Ay Dios mio!... ¡Chavigni!... Desgraciado, ¿estais aquí todavía?

CHAVIGNI. Si, príncipe mio.

RODOLFO. ¿Ignorais el peligro que á todos nos amenaza?

CHAVIGNI. Por eso precisamente me quedo.

MARQUESA. (*Corriendo hacia él.*) ¡Ah caballero! eso no lo extraño de vos: aun tenemos un amigo con quien poder contar...

CHAVIGNI. ¡En vida y en muerte! (*Aparte.*) ¡Pobre gente!... me dejaría matar por ellos... Parece que tambien la marquesa es de la conspiracion.

RODOLFO. Pero ¿sabeis que el gran duque está furioso contra vos?

CHAVIGNI. ¡Contra mí!

RODOLFO. Como no teneis ningun carácter diplomático, puede muy bien, sin faltar al derecho de gentes, sumiros en una prision de estado, de donde no estoy muy seguro de poderos sacar.

CHAVIGNI. (*Aparte.*) ¡Ay Dios mio!

MARQUESA. Pues ¿qué ha hecho?

CHAVIGNI. Eso es lo que yo pregunto.

RODOLFO. Si al menos me lo hubieseis advertido... Pero intentar un golpe tan audaz... Ya sabiais que, colocado entre ambas potencias, que igualmente era preciso contentar, nuestra única esperanza era ganar tiempo, indisponiendo la una con la otra.

MARQUESA. Ese era nuestro plan.

RODOLFO. Era el mas prudente... Pues bien; él lo ha deshecho todo, dando un golpe atrevido... Ha despedido en mi nombre al enviado de Sajonia y al de Portugal, y ambos están trinando.

MARQUESA. (*Con espanto.*) ¡Cielos! ¿Se habrá atrevido?... (*Con firmeza.*) Pues bien, ha tenido razon...

CHAVIGNI. (*Vivamente.*) ¿Lo creéis así?

MARQUESA. Si; semejante resolucion es la única que podía salvarnos. Ignoro cuales serán las consecuencias, pero al fin y al cabo hubiéramos tenido que venir á parar á eso: vos nunca hubierais consentido... Lo que me extraña es que haya podido decídmelo...

RODOLFO. Bien á pesar mio, sin prevenirme... me ha obligado, valiéndose de la astucia mas refinada, mas infernal... Aquellos dos retratos que me pedisteis y que yo destinaba á...

CHAVIGNI. (*Aparte.*) ¡Dios mio, eran para ella!

RODOLFO. Los ha entregado de mi parte al enviado de Portugal...

MARQUESA. Y al de Sajonia... Comprendo.

CHAVIGNI. (*Aparte.*) ¡Dichosa ella que comprende!

MARQUESA. ¡Ah! ¡cuán agradecidos debemos estaros!

CHAVIGNI. No hay de qué, señora; mucho menos de lo que creéis.

RODOLFO. En efecto, nos ha salvado de un peligro para hacernos caer en otro mayor... ¿Qué decir ahora al gran duque? ¿Cómo motivar esta doble negativa, esta doble afrenta? ¿Será preciso confesárselo todo?

CHAVIGNI. ¿Y por qué no?

MARQUESA. ¡Cielos! ¿ese es vuestro parecer?

CHAVIGNI. Si, señora; es preciso aclararlo todo; yo estoy porque se explique...

RODOLFO. (*Dirigiéndose á Chavigni.*) Pues bien, encargaos vos.

CHAVIGNI. ¿Yo?

RODOLFO. Si; vos sois el único que con vuestro talento y habilidad podeis prestarnos este servicio. Yo por mi parte ya no me mezclaré en nada: vos que habeis empezado, acabad.

CHAVIGNI. ¡Cómo! ¿quiereis?...

RODOLFO. Si, declarad al principe que yo amo mi libertad y que quiero conservarla.

CHAVIGNI. Es muy natural.

RODOLFO. Y que no quiero casarme...

CHAVIGNI. (*Admirado.*) ¿Qué? ¿Cómo?

MARQUESA. Callaos, gente llega.

ESCENA VII.

RODOLFO, ISABEL, CHAVIGNI, la MARQUESA.

ISABEL. (*A Chavigni.*) ¡Ah, caballero! os andaba buscando. ¡Linda cosa haceis y muy bien cumplis vuestras promesas!

CHAVIGNI. ¡Ay Dios mio! ha empezado el baile y nuestra contradanza...

ISABEL. ¡Si, de eso se trata! Acabo de ver á mi papá...

CHAVIGNI. Está furioso... ya lo sé.

ISABEL. Deberia estarlo, pero se ha calmado... «Hija mia, me ha dicho, Chavigni me ha engañado con tal arte, con una profundidad de que no le creia capaz. Mi indignacion no me impide el hacerle justicia, y aun puedo perdonarle y nombrarle mi yerno, con tal de que la Sajonia no salga victoriosa. Eso es cuanto ambiciono.»

CHAVIGNI. ¡Cielos!

ISABEL. Ya veis como me engañabais, caballero; os hallais mezclado en todo; aqui todo depende de vos, y aunque papá consintiera en nuestro matrimonio, yo soy la que rehusaria...

MARQUESA. ¿Y por qué?

ISABEL. ¿Por que? ¿Creeriais, señora, que aun no hace un instante me ha asegurado, á mi, á quien ama, que no tenia noticia, que no sabia nada de lo que aqui estaba pasando?

RODOLFO. ¡Qué discrecion! ¡eso es admirable!

ISABEL. ¡Pues eso no es nada! Mi padre le ofreció mi mano con la condicion de que le confiara el secreto de su viaje y de su mision, ¡y la ha rehusado, señora!

RODOLFO. (*Pasando al lado de Chavigni.*) ¡Será posible! ¡Oh generoso amigo! ¡jamás podré pagáros vuestra adhesion! Pero si llevo al poder, si llevo á reinar, no quiero mas consejero ni mas amigo que vos.

MARQUESA. Y hareis perfectamente. Entre tanto yo me encargo de la reconciliacion. (*A Isabel.*) Si, querida niña, vos le perdonareis, siquiera por la amistad que me profesais.

ISABEL. Puede darse por feliz de que le protejais, porque sin eso... Pero al menos que no venza la Sajonia, eso es cuanto le pido.

MARQUESA. Y nosotros tambien.

ISABEL. ¿No es verdad? Bien puede hacerlo por nosotros, porque, ¿qué le importa que la Sajonia?...

CHAVIGNI. ¡Ay Dios mio!... Si eso puede complaceros... Pero olvidamos nuestra contradanza...

MARQUESA. ¡Una contradanza! ¡Pensar en eso en semejante momento!

CHAVIGNI. ¡Siempre, siempre! Todo se olvida en un baile... Allí es donde se forman los mejores tratados de alianza. Si yo fuese soberano, obligaria á todos mis vasallos á que se diesen la mano... en una contradanza... ¡Venid, corramos!

ESCENA VIII.

Los mismos, el GRAN DUQUE.

(*El duque llega por el fondo en el momento en que van á salir: detiénese á su aspecto Rodolfo, la marquesa, Chavigni é Isabel. Chavigni y la marquesa quedan á su izquierda: Rodolfo é Isabel á su derecha.*)

GRAN DUQUE. ¡Un momento! ¿á dónde vais?

CHAVIGNI. Mil perdones, monseñor... un negocio de los mas importantes... una contradanza con la señorita del Douro.

GRAN DUQUE. Yo le pediria el permiso de privarle de su pareja por algunos instantes... (*A Chavigni.*) Tengo que hablaros, caballero... Esas señoras pueden entrar en la sala de baile, en donde se las espera. (*A Rodolfo.*) En cuanto á vos, os ruego que paseis á mi gabinete, en donde esperareis mis órdenes.

MARQUESA. (*Bajo á Chavigni.*) Este es el momento de la crisis... defended nuestros intereses.

RODOLFO. (*Lo mismo.*) Solo en vos tengo esperanza. (*Da la mano á la marquesa y á Isabel, y los tres salen por el fondo.*)

ESCENA IX.

El GRAN DUQUE, CHAVIGNI.

(*El gran duque se pasea algunos instantes con inquietud, sin hablar, mientras que Chavigni dice el aparte siguiente.*)

CHAVIGNI. (*Aparte.*) Esto se complica: yo habia creido adicionar que se trataba de una conspiracion en que se encontraba complicada la marquesa de Surville y comprometida la libertad del principe... pero, desde que me ha hablado de celibato, no se á qué atenerme. (*El gran duque se sienta, y Chavigni permanece en pie ante él.*)

GRAN DUQUE. Acercaos, caballero. Las cosas han llegado á tal extremo, que es preciso que yo conozca vuestras in-

manojenciones. Aunque habeis llegado aquí sin ningun objeto ostensible, no se habla desde esta mañana mas que de vos: todo lo habeis trastornado en mi corte.

CHAVIGNI. ¿Yo, monseñor?

DUQUE. Vos, caballero. El enviado de Sajonia os acusa, el de Portugal se queja de vos... y aun yo mismo estoy descontento del ascendiente que habeis adquirido sobre mi sobrino. (*Se levanta.*) Por vuestros consejos, procura escapar á mi severa mirada.

CHAVIGNI. Yo no le aconsejo mas que lo que él quiere.

DUQUE. No sigue mas parecer que el vuestro.

CHAVIGNI. Los príncipes nos hacen siempre el honor de ser de vuestro parecer... cuando nosotros somos del suyo.

DUQUE. Ya sé que teneis mucho talento; pero ya que hablamos con franqueza, voy derecho al asunto. Una vez que teneis tanta influencia sobre mi sobrino, hacedle comprender que hoy mismo exijo que haga su eleccion.

CHAVIGNI. Su eleccion... ¿Tendreis la bondad de decirme cuál?

DUQUE. Poco me importa: él es muy dueño... no pretendo instigarle... pero si de un modo ú otro no se halla casado esta noche, estad á las resultas.

CHAVIGNI. ¡Casado! ¡Dios mio! ¡pues ya sé lo que me toca!

DUQUE. ¿Por qué?

CHAVIGNI. Porque aquí, en este mismo instante, acaba de explicarme S. A. sus intenciones, que no se hallan mucho de acuerdo con las de monseñor... puesto que desea permanecer soltero.

DUQUE. ¡Cómo! ¡con que rehusa! Lo siento por vos, caballero, y aquí no se echa de ver vuestra sagacidad; ayer estaba decidido, y no sé á qué atribuir semejante cambio de resolucion... Si, caballero; no se llega de ese modo, por intrigas hábilmente combinadas, á sembrar la discordia en un estado, el desórden en una familia...

Nada me inquieta, gracias á vos, el hallarme en guerra abierta con dos potencias... ambas necesitan una respuesta satisfactoria, ó al menos que no descontente á una ni á la otra; esto solo os concierne á vos, y una vez que teneis tanto talento, tanta habilidad, buscad un medio para salir del atolladero; pero os repito que no olvideis que es indispensable que mi sobrino quede hoy casado; sino, vos sereis á quien acusaré por su desobediencia, y como no teneis aquí ningun carácter oficial, no debereis extrañar que me apodere de vuestra persona. Ahora, os dejo. (*Entra en su gabinete.*)

ESCENA X.

CHAVIGNI, despues la MARQUESA.

CHAVIGNI. ¿En dónde diablos me he metido? ¿qué significa este doble casamiento? Desde que creo comprender alguna cosa, me parece todo mas embrollado que nunca. El tio que quiere, el sobrino que no quiere... y en resumen, ¿por qué no quiere?... Todo se arreglaria en seguida: voy á decirselo.

MARQUESA. ¿Qué noticias hay?

CHAVIGNI. Magnificas. Si S. A. quiere... todo puede arreglarse.

MARQUESA. ¿Cómo?

CHAVIGNI. Escuchad con atencion. Hé aquí las propias palabras del gran duque: «Poco me inquieta, gracias á vos...» Es á mi á quien habla. «Poco me inquieta el verme en guerra abierta con dos potencias... Hoy mismo

necesitan una respuesta satisfactoria, ó al menos que no descontente á una ni á otra...»

MARQUESA. Ahí está la dificultad.

CHAVIGNI. Esperad, que aun no he concluido... Sigue hablando el gran duque... «Es preciso que hoy mismo quede casado mi sobrino, no me importa con quién; sino, vos sois responsable.»

MARQUESA. ¡Cielos! ¿qué decís? ¿á ese punto habeis llegado?

CHAVIGNI. Sí, señora; y casi sin ningun trabajo, porque de él mismo ha salido; pero ya conocereis que esto no puede durar mucho tiempo, y que es preciso que el principe se decida.

MARQUESA. Sí, teneis razon; este es precisamente el momento de ofrecer al gran duque un medio de salir de apuros; lo que él desea es no dar á ninguno la preferencia, no descontentar á ninguno de los dos... sino que el curso de los acontecimientos... ¿no es verdad?

CHAVIGNI. Sí, señora.

MARQUESA. Así pues, vos aconsejais al principe...

CHAVIGNI. Ciertamente; ya no hay que dudar.

MARQUESA. Pues bien, esperadme aquí; yo me encargo de todo, y no os mezeleis en nada.

CHAVIGNI. No pido otra cosa, porque despues de cuanto he hecho hoy...

MARQUESA. Voy en busca del gran duque; pero solo esta idea me causa un terror que no puedo dominar.

CHAVIGNI. Efectivamente... pobre marquesa... veo que temblais. ¡Vamos, valor, ánimo!

MARQUESA. Sí, lo tendré. Seguiré vuestros consejos, porque es preciso que nuestra suerte se decida. Dentro de algunos instantes, ó nos perdemos los tres, ó los tres nos veremos en posesion de los honores, de la fortuna... Adios, adios... esperadme. (*Entra en el gabinete del gran duque.*)

ESCENA XI.

CHAVIGNI, solo.

El temor empieza tambien á apoderarse de mi. Pobre señora... ¡responderse de ese modo por mí! Yo no sé si en rigor debería contenerla... ó dejarla obrar, porque lo que ella va á hacer allí, tiene algo de atrevido, de... ¡Que el diablo cargue conmigo si sé de lo que tiene algo!... pero ¡debe ser terrible! Y yo soy quien ha combinado, quien ha conducido todo esto; y yo soy la causa de tan grandes acontecimientos. ¡Ay! ¡si el conde del Douro estuviese aquí! ¡El, que sostenia esta mañana que el génio lo hace todo!... Si esta empresa, sea cual fuere, llega á buen término, todos quedarán persuadidos de mi talento sin segundo... Pero si no salimos con bien, seré el mas ridiculo y mas absurdo de los hombres. ¿En qué quedaremos? ¿Soy un imbécil ó un hombre de génio? No tardará esto en decidirse, sin que mis faltas ó mi mérito influyan en la decision... La marquesa no vuelve... mal augurio... Vamos, la cosa se ha decidido; soy un tonto, y aquí viene el señor de Saldorf á darme la noticia oficial.

ESCENA XII.

El mismo, el BARON DE SALDORF.

SALDORF. (*Entrando de prisa y llevando aparte á Chavigni.*)

Vengo del gabinete del gran duque y estoy muy satisfecho de vos, señor de Chavigni... Habiéis obrado como yo os pedía.

CHAVIGNI. ¡Yo!

SALDORF. (A media voz.) Si; nuestros rivales no se llevan la victoria, que es cuanto yo quería. Yo daré cuenta á mi soberano de la parte que habéis tomado en este asunto; y si alguna vez teneis de él necesidad, yo os respondo de su benevolencia.

CHAVIGNI. ¡Cielos! ¿qué decís? ¿Acaso se han decidido por la Sajonia?

SALDORF. Nada de eso. Pero alguien llega... silencio.

ESCENA XIII.

Los mismos, el CONDE DEL DOURO, ISABEL.

CONDE. (A Chavigni.) Amigo mio, mi hija os pertenece.

CHAVIGNI. ¡Será posible!

CONDE. Admirablemente llevado; y os doy gracias en mi nombre particular por haberme servido cuanto ha estado en vuestra mano.

CHAVIGNI. Veo que el príncipe se ha decidido en favor nuestro.

CONDE. Nada de eso... ya habéis tenido buen cuidado... (A media voz.) Pero á lo menos el honor queda á salvo... La Sajonia no triunfa: eso es cuanto yo exigía... y cuanto vos podíais hacer.

ISABEL. (Bajo.) Ya me lo tenía muy prometido desde un principio.

CONDE. Confieso que hoy nos habéis admirado: ¡qué aplomo! ¡qué finura! y entre dos rivales interesados en haceros sombra, marchar con paso seguro, separarlos de vuestro camino y lograr el fin que os proponíais... porque realmente lo habéis logrado, pues una francesa es quien triunfa.

CHAVIGNI. ¡Dé veras!

CONDE. (Sonriendo.) Ahora bien, ¿sostendréis aun que en nuestras combinaciones son inútiles el genio y la destreza?

CHAVIGNI. No, señor conde; acabo de ver por mi mismo... (Aparte.) No hay recurso; parece decididamente que soy hombre de talento.

ESCENA XIV.

ISABEL, CHAVIGNI, el GRAN DUQUE, la MARQUESA DE SURVILLE, RODOLFO, el CONDE DEL DOURO, SALDORF.

RODOLFO. ¡Victoria, querido Chavigni; todo se la comento, nada se ignora ya!

CONDE. Acabo de contárselo.

GRAN DUQUE. Ya sabéis entonces que todo está peidonado y que he dado mi consentimiento. Acercaos, caballero... (A media voz.) Os habéis gobernado admirablemente, y no esperaba menos de vos. Sin embargo, yo creo que soy tan cándido... apostaría á que ese matrimonio aun no se ha verificado.

CHAVIGNI. ¡Cómo, monseñor!

GRAN DUQUE. Habiéis hecho bien de decirlo; ha sido idea feliz, pues nos ha sacado del apuro en que hallábamos. (Alto.) Para probaros mi satisfacción la corte de Francia consintiese en privarse de vuestro talento, me contemplaría feliz en emplearlo atriéndolo á mi persona.

RODOLFO. No, monseñor; yo soy quien debo encargarme de que adelante en su carrera, y espero que ya no abandonará, porque tenemos que saldar cuentas con él.

SALDORF. (Pasando al lado de Chavigni.) Por mi parte, caballero, tengo un favor que pediros.

CHAVIGNI. ¡A mí, caballero! ¿y cuál?

SALDORF. Estoy escribiendo las memorias de la época: era la moda... y os ruego, ya que vos habéis comido este asunto, que me proporcioneis todos los datos posibles sobre esta importante negociación.

CHAVIGNI. (Aparte.) ¡Pues se dirige á buena parte!

GRAN DUQUE. Basta. Volvamos á la sala del baile donde deberán estrañar nuestra ausencia. Ruego á todos señores, lo mismo que al caballero de Chavigni, guarden silencio aun por esta noche, pues me resmañana el placer de comunicar esta noticia á toda la corte; además, quiero que este asunto, que tanto honor os hace, sea insertado en la gaceta oficial con todos sus detalles.

CHAVIGNI. (Inclinándose.) ¡Cómo, monseñor, queréis mañana!... (Aparte.) ¡Qué felicidad! así podré saber lo que he hecho!

FIN.